

# Las 3 Princesas



EDITORIAL  
TOR

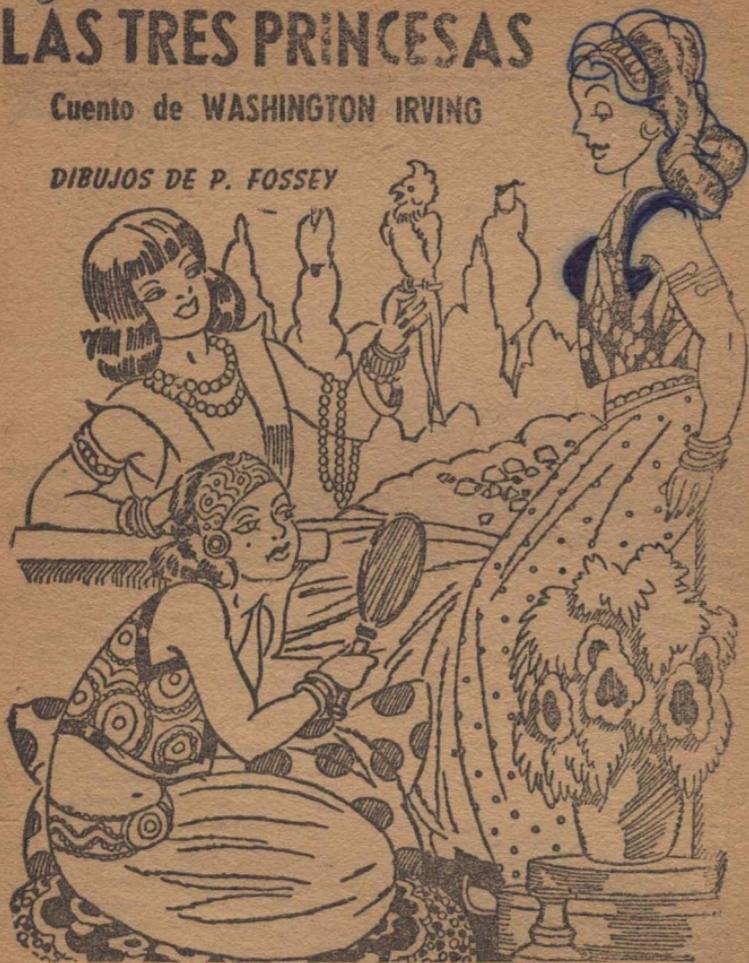


00163277

*Novela*  
**LAS TRES PRINCESAS**

Cuento de WASHINGTON IRVING

DIBUJOS DE P. FOSSEY



**EDITORIAL TOR**

Río de Janeiro 760

Buenos Aires

# LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- |                                                   |                                    |
|---------------------------------------------------|------------------------------------|
| 1 Pinocho en el teatro de títeres                 | 51 El niño raptado                 |
| 2 Blancanieves y los 7 enanitos                   | 52 Barba Azul                      |
| 3 Los príncipes encantados                        | 53 Tánino el hormiguero            |
| 4 La Bella durmiente del bosque                   | 54 Gulliver en el país de gigantes |
| 5 Juanfuerte                                      | 55 El vendedor de Segovia          |
| 6 Piel de asno                                    | 56 El príncipe Cododas             |
| 7 La princesa y el erizo                          | 57 La amiguita de los pájaros      |
| 8 M. Babá y los 40 ladrones                       | 58 La señorita Scuderi             |
| 9 La inocente mensajera                           | 59 Fábulas de Esopo                |
| 10 Pinocho en campo de milagros                   | 60 Constancia                      |
| 11 El pájaro verde                                | 61 Nicolásón y Nicolasia           |
| 12 Pulgarcito                                     | 62 Los rosales de la reina         |
| 13 Los maestros cantores                          | 63 El enfermero del Chacho         |
| 14 El rey del río de Oro                          | 64 Grisélidis                      |
| 15 Caperucita Roja                                | 65 Alicia en el país de maravillas |
| 16 Las tres princesas                             | 66 Aladino                         |
| 17 El triunfo del zorro                           | 67 Genovava de Brabante            |
| 18 Pinocho en la isla de las abejas               | 68 La Sirenita                     |
| 19 La princesa picarona                           | 69 Peter Pan                       |
| 20 Sínbad el marino                               | 70 El patito feo                   |
| 21 Canción de Navidad                             | 71 Hombre que vendió su nombre     |
| 22 Un viaje maravilloso                           | 72 Los tres pelos del diablo       |
| 23 El niño que se volvió borraja                  | 73 Hansel y Gretel                 |
| 24 El enano Zacarías                              | 74 La flor del pantano             |
| 25 Pinocho en gruta del monstruo                  | 75 El buque fantasma               |
| 26 El legado del mono                             | 76 La cámara del tesoro            |
| 27 El gato con botas                              | 77 La desobediencia                |
| 28 El hada de Granville                           | 78 El tarro de aceitunas           |
| 29 De los Apeninos a los Andes                    | 79 El mensajero de la corona       |
| 30 Melique                                        | 80 La camisa del hombre feo        |
| 31 El rey Cuervo                                  | 81 La verdad sospechosa            |
| 32 Almendrita                                     | 82 La graciosa Emelia              |
| 33 Pinocho en el país de juguetes                 | 83 El muchacho afortunado          |
| 34 El niño perdido                                | 84 La novia elegida                |
| 35 Robin Hood                                     | 85 Las dos estatuas                |
| 36 La isla encantada                              | 86 La botella encantada            |
| 37 Pif Paf                                        | 87 El mercader de Venecia          |
| 38 La carga liviana                               | 88 La obligación                   |
| 39 La alfombra mágica                             | 89 El favorito ingenioso           |
| 40 El pájaro que reía                             | 90 Los dos russeñores              |
| 41 La Cenicienta                                  | 91 El ladrón de Bagdad             |
| 42 Aventuras del rey Beder                        | 92 El tambor del regimiento        |
| 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego | 93 El pájaro de oro                |
| 44 Pinocho en el fondo del mar                    | 94 El barbero silencioso           |
| 45 Gulliver en el país de enanos                  | 95 Las tres perlas                 |
| 46 La bella Dorigen                               | 96 Gulliver en países maravillosos |
| 47 Las salamandras azules                         | 97 El príncipe impostor            |
| 48 Los zuecos maravillosos                        | 99 El rey en busca de novia        |
| 49 Las tres hermanas                              | 99 El soldadito de plomo           |
| 50 Fábulas de Iriarte                             | 100 El mercader y la favorita      |

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



# LAS TRES PRINCESAS

## I

### *La bella cautiva*



ACE muchos años, cuando en Granada gobernaban los árabes, había allí un rey moro llamado Mohamed, al que sus súbditos habían añadido el sobrenombre de "El Zurdo". Un día en que cabalgaba por la falda de una sierra con un nutrido séquito, encontró a varios caballeros que regresaban de una correría por tierras de cristianos. Estos arreaban una larga fila de mulas cargadas con el botín. También conducían muchos cautivos

de uno y otro sexo. Entre éstos vió Mohamed con asombro a una linda joven ricamente vestida, *montada en un pequeño palafrén, o sea, el caballo manso en que montan las mujeres.* Iba llorando sin atender a las palabras de consuelo que le dirigía una dueña que marchaba a su lado.

Impresionado por la extraordinaria belleza de la joven, el rey preguntó al capitán de la tropa quién era aquella cautiva. Y éste le contestó:

—Es la hija del alcaide de una fortaleza que hay en la frontera, y que saqueamos en nuestra correría.

La reclamó Mohamed como parte suya del botín e hizo que la llevaran a su palacio. Se hizo todo lo que imaginarse pueda para aliviar la melancolía de la prisionera, a la que el monarca prometió convertir en reina, pues estaba perdidamente enamorado de su hermosura.

La joven rechazó en un principio los ofrecimientos del rey, pues, por ser éste un infiel, era un enemigo jurado de su país.

Comprendiendo que sus galanteos eran inútiles, Mohamed decidió recurrir a la dueña que estaba al servicio de la bella cautiva y que, junto con ésta había sido hecha prisionera. Era andaluza y su nombre cristiano se ha perdido, siendo conocida en las leyendas de la Alhambra por el de la discreta Cadiga.

Tanto dijo la dueña y echó mano de tan sutiles razonamientos, que la joven castellana secó sus lágrimas y se casó con el rey de Granada, Mohamed el Zurdo. Y dicen que hasta se conformó en apariencia al menos, con la religión de su esposo, mientras la discreta Cadiga se convirtió al mahometanismo, practicando su culto con gran celo.

Sólo así se le permitió continuar al servicio de la bella cristiana.

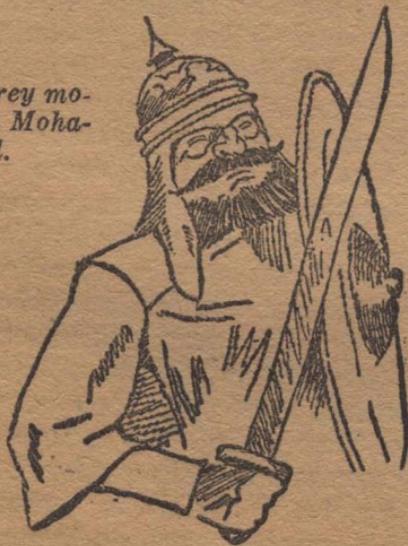
Y el rey moro de nuestro cuento fué un día el orgulloso y feliz padre de tres encantadoras niñas nacidas al mismo tiempo.

Como era costumbre, consultó a sus astrólogos sobre tan feliz acontecimiento. Estos reflexionaron y, moviendo la cabeza, dijeron:

—Las hijas son siempre una propiedad insegura. Sin embargo, cuando más necesitarán tu vigilancia, será cuando estén en edad de casarse. Llegado ese momento, no las confíes a ningún otro guardián.

La madre estaba contenta, pero murió poco después, sin haber dejado más hijos. Entonces el viejo rey puso a las princesas al amparo de su amor paternal y de la fidelidad de la discreta Cadiga.

*Había un rey moro llamado Mohamed.*



Y decidió criarlas desde ya en un castillo real magnífico, que estaba como incrustado en una poderosa fortaleza árabe en la cumbre de una montaña que dominaba el mar.

## II

### *La infancia de las princesas*

En tan soberbio retiro vivieron las tres princesas, separadas del mundo por altas paredes. Aunque todas habían recibido la misma educación, pronto dieron pruebas de poseer un carácter distinto.

Se llamaban Zaida, Zoraida y Zorahaida, y este mismo era el orden de sus edades.

Zaida era de carácter intrépido. Solía dirigir en todo a sus hermanas.

Zoraida tenía muy desarrollado el sentimiento de la belleza. Se pasaba las horas contemplando su imagen en un espejo o en una fuente.

Zorahaida era tímida y muy sensible.

Y los años corrieron dulce y serenamente.

La discreta Cadiga, a quien, como ya hemos dicho, estaban confiadas las bellas princesas, fué fiel a la confianza que las niñas habían puesto en ella, y las sirvió con celo incansable.

Un día en que la curiosa Zaida estaba sentada en la ventana del pabellón, mientras sus hermanas, reclinadas en divanes, dormían la siesta, vió que una galera iba costéando con acompañados golpes de remo. Cuando la nave estuvo cerca, observó que la ocupaban numerosos hombres armados. Ancló la galera al pie de la torre, y varios soldados moros desembarcaron en la angosta pla-



*Las hijas son siempre una propiedad insegura.*

ya conduciendo a unos cuantos prisioneros cristianos. La curiosa niña despertó a sus hermanas y las tres se pusieron a mirar a través de las celosías.

Entre los prisioneros había tres caballeros castellanos muy bien vestidos. Eran jóvenes y de noble presencia.

Las tres niñas se quedaron mirando a los prisioneros hasta que los perdieron de vista, pues los soldados los internaron. Cuando el exterior no ofrecía ya ningún interés para sus ojos curiosos, suspiraron profundamente y volvieron la espalda a la ventana, yendo a sentarse en sus otomanas, donde permanecieron pensativas y soñadoras.

En esta actitud las encontró la discreta Cadiga cuando entró en el pabellón. Ellas le contaron lo que habían visto, y lo hicieron tan a lo vivo, que hasta el corazón marchito de la dueña se enterneció.

—¡Pobres muchachos! —dijo—. Seguramente su cautiverio hace sufrir los corazones de algunas bellas y distinguidas damas de su tierra. No os imagináis la vida que llevan esos señores en su país. ¡Qué lujo el de sus torneos! ¡Qué admiración por las damas! ¡Qué galanteos y qué serenatas!

La curiosidad de Zaida se despertó más que de costumbre, y diariamente renovaba las preguntas, y diariamente la discreta Cadiga repetía sus cuentos, que eran oídos siempre con profundo interés y frecuentes suspiros. Pero un día la vieja se dió cuenta de que a lo mejor estaba perjudicando a las princesas. Acostumbrada como estaba a mirarlas como a unas niñas, no caía en

*En tan soberbio  
retiro...*



la cuenta de que ya eran tres mujercitas en edad de casarse.

—Ya es hora —pensó, al darse cuenta—, de avisar al rey.

### III

#### *La inquietud de Mohamed*

Estaba el rey Mohamed sentado en un diván del salón más fresco de su palacio, cuando recibió un mensaje de la discreta Cadiga en el que ésta lo felicitaba con motivo del cumpleaños de sus tres hijas. Con el mensaje venía una fina canastita adornada con flores y conteniendo un durazno, un damasco y un níspero, en su primer punto de madurez. El monarca, que era versado en el lenguaje de las frutas, adivinó el sentido de la simbólica ofrenda.

—Por lo visto, ha llegado para mis hijas —se dijo— la época señalada por los astrólogos. ¿Qué

hacer ahora que están en edad de casarse? Debo ser yo su principal guardián.

Dispuso que se preparara una torre de su palacio para recibirlas dignamente, y partió a la fortaleza donde estaban las princesas para traerlas él mismo en persona.

Como hacía tres años que no las veía, casi no daba crédito a sus ojos, al observar el maravilloso cambio que se había operado en sus graciosas personitas.

Antes de regresar a su palacio, despachó varios heraldos con orden de que todo el mundo se apartara del camino donde debía pasar y de que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas al acercarse las princesas. Horas después salía con sus hijas, llevando una escolta de horribles jinetes vestidos con brillantes armaduras.

Las tres mellizas cabalgaban junto a su padre con el rostro cuidadosamente velado. Iban sobre hermosos palafrenes blancos que llevaban gualdrapas de terciopelo bordadas en oro. Los frenos y los estribos eran de oro, y las riendas, de seda, adornadas con perlas y piedras preciosas.

Los caballos tenían campanillas de plata, pero ¡ay, del que se quedase en el camino a escuchar su melódico tintineo! La guardia tenía orden de darle muerte sin misericordia.

Se acercaba la cabalgata a la capital cuando alcanzó a un pequeño grupo de soldados con un convoy de prisioneros.

Como era ya demasiado tarde para ponerse fuera del camino, los soldados moros se arrojaron cara al suelo, ordenando a los prisioneros que hicieran lo mismo. Entre los cautivos iban aquellos tres caballeros que una tarde vieron las princesas



*Contemplaban la  
escena con inte-  
rés profundo.*

desde su atalaya y, bien fuera porque no entendieron la orden o porque eran demasiado orgullosos para obedecerla, permanecieron de pie contemplando a la cabalgata que se aproximaba.

El rey montó en cólera al ver semejante desafío a sus órdenes, y, desenvainando su cimitarra, empuñó contra los prisioneros y estaba ya por descargarles una zurda estocada, cuando las princesas, rodeándolo, le imploraron piedad por los cautivos.

—Les perdonaré la vida —dijo el monarca—, pero castigaré su audacia. Que los lleven a las Torres Bermejas y les obliguen a hacer los más duros trabajos.

La cabalgata reanudó su marcha. Las tres be-

llas iban pensativas echando de cuando en cuando y como quien no quiere la cosa, una mirada hacia atrás en busca de los prisioneros cristianos que eran conducidos a su triste destino en las Torres Bermejas, famosa fortaleza de Granada.

#### IV

##### *La secreta dolencia*

Se había preparado para las tres princesas una residencia magnífica. Estaba en una torre algo apartada del palacio principal de la Alhambra, aunque unida a éste por la muralla que rodeaba toda la cima de la montaña. Por un lado miraba dentro de la fortaleza, teniendo a sus pies un jardincito lleno de extrañas flores. El otro lado daba sobre una profunda cañada cubierta de árboles. El interior estaba lleno de pequeñas y lindas habitaciones que rodeaban un gran salón cuyo abovedado techo se elevaba casi tan alto como la torre. El pavimento de éste era de mármol y en su parte central se levantaba al aire un surtidor de agua que refrescaba todo el edificio. Alrededor había jaulas de oro y plata con hermosos pájaros que cantaban deliciosamente.

Como las princesas se habían mostrado siempre alegres en el castillo del cual venían, el rey esperaba verlas locas de entusiasmo con su nueva residencia. De ahí que se sorprendiera desagradablemente cuando las tres niñas empezaron a lamentarse, a ponerse melancólicas y a manifestarse descontentas con todo lo que las rodeaba.

Mohamed el Zurdo, que era de carácter tiránico, se encolerizó mucho al principio, pero luego pensó

que sus hijas habían llegado a una edad en que las mujeres se vuelven caprichosas y exigentes.

—Ya no son niñas —se dijo—, sino mujeres y, por lo tanto, necesitan lo que a las mujeres encanta.

Hizo trabajar para ellas a las modistas, y a los joyeros, y a los artífices en oro y plata, y colmó a las princesas de vestidos de seda, tisú y brocado, y chales de cachemira, y collares de perlas y diamantes, y anillos, y pulseras, y aros, y toda clase de objetos preciosos.



*Se acercaba la cabalgata a la capital...*

Pero como si nada: las princesas seguían paliduchas y lánguidas en medio de tanta maravilla.

Por primera vez en su vida, el monarca buscó la ayuda de un consejero, dirigiéndose para ello a la vieja dueña.

—Te considero —le dijo— una de las mujeres más discretas del mundo así como una de las más dignas de mi confianza. Deseo que descubras la secreta dolencia de las princesas y veas

la manera de devolverles la salud y la alegría.

Cadiga le prometió una obediencia absoluta. Para ello, se encerró con las niñas y trató de ganar su confianza.

—No comprendo por qué estáis tan tristes —les dijo—. Este es un lindo lugar donde tenéis todo lo que el corazón puede pedir.

Por toda respuesta, las princesas lanzaron un suspiro.

—No sé lo que podéis desear —siguió la vieja—. ¿Queréis que os traiga un loro que habla todas las lenguas?

—¿Qué asco! —exclamó Zaida—. ¡Ese pájaro chillón que dice lo que sabe y no sabe lo que dice! ¡Se necesita ser idiota para soportarlo!

—¿Queréis que mande traer un mono para que os divierta con sus piruetas?

—¡Puf! —exclamó Zoraida—. ¡La imitación más detestable del hombre! Aborrezco a un animal tan asqueroso.

—¿Y qué me decís de Casem, el famoso cantor negro? Dicen que tiene una voz tan dulce y delicada como la de una mujer.

—Los negros me asustan —dijo la apocada Zorahaida—. Además, he perdido todo gusto por la música.

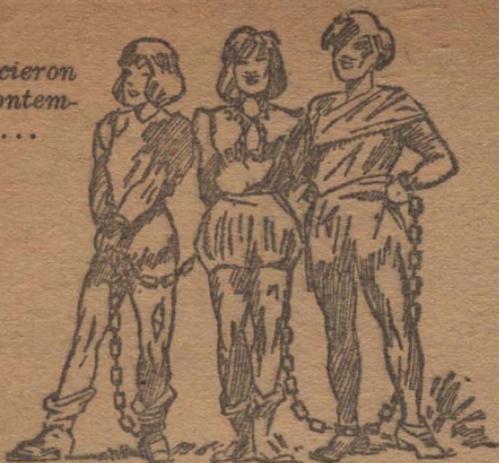
—No dirías eso si hubieras oído cantar, como oí yo la otra noche, a los tres caballeros españoles que encontramos en nuestro viaje... Pero, ¿por qué os ruborizáis así?...

—¿No los podríamos ver? —preguntó Zaida.

—Un poquito de música —exclamó Zoraida— nos animaría mucho.

La tímida Zorahaida no dijo nada, pero echó los brazos al cuello de Cadiga.

*Permanecieron  
de pie contem-  
plando...*



—Vuestro padre nos mataría a todas si nos oyerá. Claro que esos prisioneros son muchachos bien nacidos, pero ¿eso qué importa? Son enemigos de nuestra fe y debéis aborrecerlos.

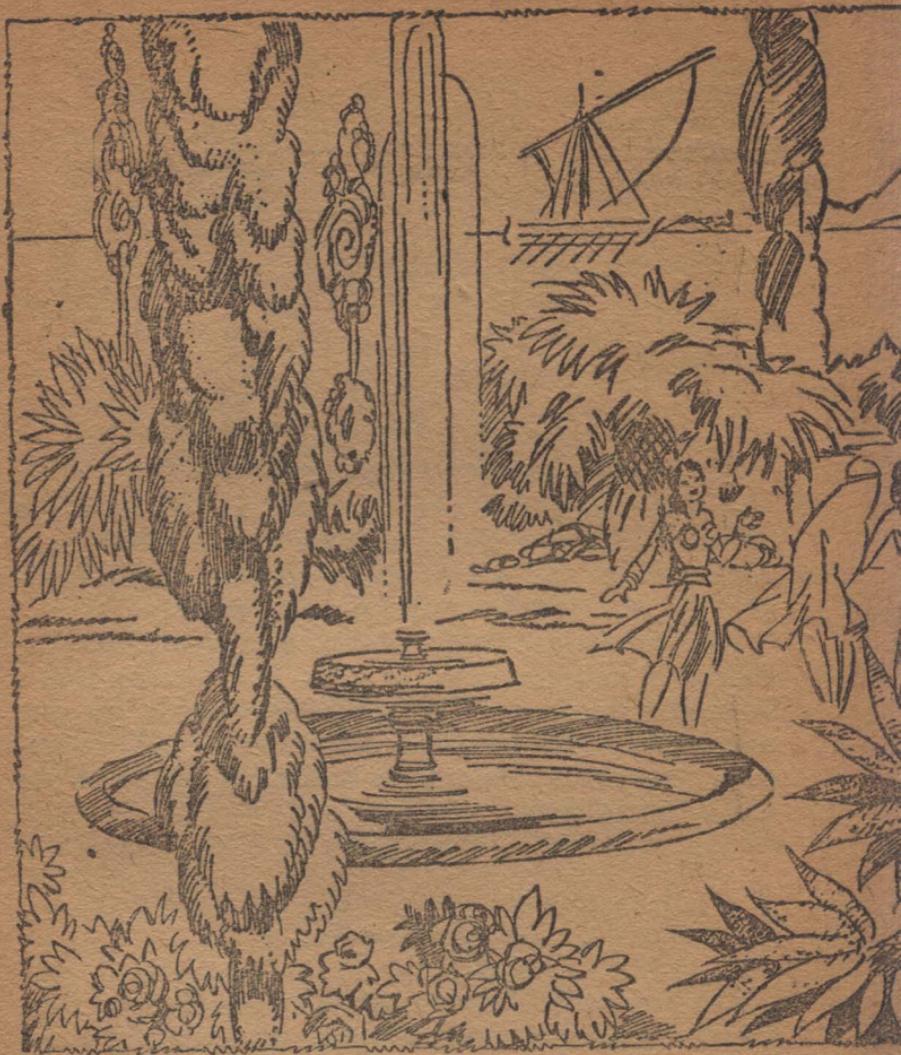
Las princesas no se dieron por vencidas. Rodearon a su vieja dueña, y tanto le dijeron y tanto le imploraron, que ella quedó convencida de que una negativa desgarraría sus corazones. Y se puso a pensar la manera de satisfacer el deseo de las tres mellizas.

## V

### *El remedio*

Los tres caballeros cautivos en las Torres Bermejas estaban custodiados por un barbudo y robusto renegado llamado Husein Babá, al cual, según decían, le gustaba que le untasen la mano.

Cadiga fué a verlo en secreto y poniendo una moneda de oro en su diestra, le dijo:



*En un castillo real, magnífico, que estaba*



incrustado en una poderosa fortaleza...

—Mis señoras, las tres princesas, han oído hablar de las facultades musicales de los tres caballeros cristianos y desean ver si son ciertas las ponderaciones. Estoy segura de que tu gran corazón no las privará de un capricho tan inocente.

—¿Eh? —exclamó Husein, indignado—. ¿Para que pongan mi cabeza haciendo muecas sobre la puerta de mi propia torre?

—No temas, que el asunto se puede arreglar de manera que las princesas satisfagan su deseo y su padre no se entere de nada. Tú conoces la cañada que hay en la parte exterior de las murallas y que pasa precisamente al pie de la torre de las princesas. Lleva a trabajar allí a los tres caballeros, y durante los descansos, deja que toquen y canten. Así las niñas los podrán oír desde sus ventanas.

—No, no... —decía el barbudo, moviendo la cabeza.

—Ten la seguridad que las princesas pagarán bien tu condescendencia.

Y al decir esto, la vieja apretó la mano del renegado, dejando en ella otra moneda de oro. Y el viejo guardián tuvo que convencerse de que la elocuencia de Cadiga era irresistible.

Al día siguiente, los tres caballeros fueron llevados a trabajar en la cañada al pie de la torre de las princesas. Y durante las calurosas horas del mediodía, mientras sus compañeros dormían a la sombra de los arbustos y el centinela cabeceaba en su puesto, se sentaron sobre el césped y cantaron una melodía castellana, acompañándose con la guitarra.

Las princesas escuchaban desde un balcón; y,

*Sus voces se elevaban nítidas...*



como su dueña les había enseñado el castellano, se deleitaban oyendo la dulce melodía.

Cadiga, por su parte, estaba terriblemente alarmada.

—¡Que Alá nos proteja! —decía—. Están cantando una canción amorosa dedicada a vosotras. Voy a decirle al capataz de los esclavos que los apalee sin compasión.

—¡Apalea a tan gentiles caballeros y por cantar tan lindo?...

Las tres bellas se horrorizaron, y como la vieja tenía un genio apacible, fácilmente se apaciguó.

Cuando terminó el canto de los prisioneros, las princesas permanecieron silenciosas durante un largo rato. Finalmente, Zoraida tomó un laúd y entonó con dulce voz una melodía árabe.

En los días sucesivos los caballeros españoles siguieron trabajando en la cañada, y su guardián Husein Babá, que tenía fama de severo, se hizo

cada vez más indulgente, con una marcada propensión a quedarse dormido.

El cambio benéfico operado en el aspecto físico y el carácter de las princesas sorprendió agradablemente a su augusto padre. Pero nadie estaba más satisfecho que la vieja dueña, que consideraba, y no sin razón, que todo se debía a su habilidad.

## VI

### *Un plan audaz*

Todo marchaba más o menos bien hasta que los caballeros dejaron de hacer su aparición en la cañada.

La discreta Cadiga salió en busca de noticias y regresó con aire muy preocupado.

—Los nobles españoles —dijo— han sido rescatados por sus familias y han ido a Granada para preparar el regreso a su tierra.

Las tres princesas se desesperaron como es de imaginar. Zaida se indignó, pues consideró un desaire haberlas abandonado así sin una sola palabra de despedida. Zoraida se retorció las manos y lloró y se miró al espejo. Y Zorahaida salió al balcón para llorar en silencio, dejando caer sus lágrimas sobre las flores de la ladera donde tantas veces se habían sentado los caballeros.

—Consolaos, hijas mías —les decía la vieja dueña—. Ya os acostumbraréis. Cuando seáis tan viejas como yo, sabréis lo que son los hombres. Estoy segura que esos nobles tienen amores con algunas beldades españolas. Consolaos y arrancadlos de vuestros corazones.

Las palabras de la discreta Cadiga sólo sirvieron para acentuar la desesperación de las princesas.

Al fin, la mayor de las hermanas, que era la más decidida, se le aproximó y poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—¿Sería posible huir con esos caballeros?

La vieja levantando la vista, dijo:

—¡Claro que es posible! Sabed que ya han sobornado a Husein Babá, el capitán de la guardia, y tienen trazado un sabio plan. Pero yo no voy a poder engañar a vuestro padre, que ha puesto en mí toda su confianza.

—Pero la tierra a la cual nos proponen huir, ¿no es acaso la tierra natal de nuestra madre? ¿No podríamos allí vivir en libertad?

—También eso es cierto —dijo la vieja—; pero ¿me dejaréis aquí para que tenga que soportar todo el peso de la venganza de vuestro padre?

—De ninguna manera. ¿Acaso no puedes huir con nosotras?

—Sí. Y, para decir verdad, cuando hablé del

—¿Sería posible huir  
con esos caballeros?



asunto con Husein Babá, prometió llevarme si os acompañaba en la huida. Pero debéis pensarlo bien. ¿Estáis dispuestas a renunciar a la fe de vuestro padre?

—Sí, porque la fe cristiana fué la primera religión de nuestra madre.

—Es cierto. Y bien amargamente que lamentó en su lecho de muerte haber renunciado a ella. En aquella ocasión le juré cuidar de vuestras almas y me alegra que ahora estéis en franco camino de salvaros. También yo nací cristiana y he continuado siéndolo en el fondo de mi corazón, y estoy dispuesta a volver a mi antigua fe. He hablado de esto con Husein Babá, quien es español de nacimiento y está dispuesto a volver a su pueblo, que está cerca del mío, y reconciliarse con la Iglesia. Los caballeros han dicho que, si estamos dispuestos a ser marido y mujer cuando estemos de regreso a nuestro país, nos dotarán con esplendidez.

Resultaba, pues, que la discreta dueña ya había concertado todo el plan de huida.

La mayor de las princesas expresó su conformidad, lo que determinó, como de costumbre, la actitud de sus hermanas, aunque la menor se mostraba vacilante, pues luchaban en ella, que era dulce y tímida, el sentimiento filial y el amor juvenil.

## VIII

### *La huida . . . . .*

Y llegó la noche señalada.  
Las puertas de la torre de las princesas estaban



*Dejó caer ésta  
al jardín y  
descendió...*

cerradas y el palacio de la Alhambra permanecía sumido en profundo sueño.

Cerca de la medianoche, la vieja dueña se puso a escuchar desde una ventana que daba al jardín. Husein Babá, que estaba debajo, dió la señal convenida y la discreta Cadiga sujetó a la ventana el cabo de una escala de cuerdas, dejó caer ésta al jardín y descendió por ella. Detrás suyo hicieron lo mismo las dos princesas mayores; pero cuando le llegó el turno a la más joven, ésta no se decidió. En vano las hermanas suplicaban, la retaba la dueña y blasfemaba el renegado bajo su balcón; la tímida princesita permanecía vacilante, tentada por la dulzura de la nueva vida, pero horrorizada por sus peligros.

Mientras tanto aumentaba el riesgo de ser descubiertos. Y como se oyeran pasos lejanos, el renegado gritó:

—Las patrullas están haciendo la ronda. Si seguimos más aquí estamos perdidos. Si no os decidís en seguida, os abandonamos.

Entonces Zorahaida, desatando la escala de cuerdas con desesperada determinación, la arrojó desde la ventana al jardín.

—No me atrevo a huir —dijo—. ¡Que Alá os guíe y os bendiga, queridas hermanas!...

Las dos princesas mayores de buena gana hubieran esperado más, pero la patrulla se acercaba, y Husein Babá, que estaba furioso, las obligó a meterse sin pérdida de tiempo en el pasadizo subterráneo.

Los caballeros españoles estaban allí esperando, disfrazados de soldados moros de la guardia que mandaba el renegado.

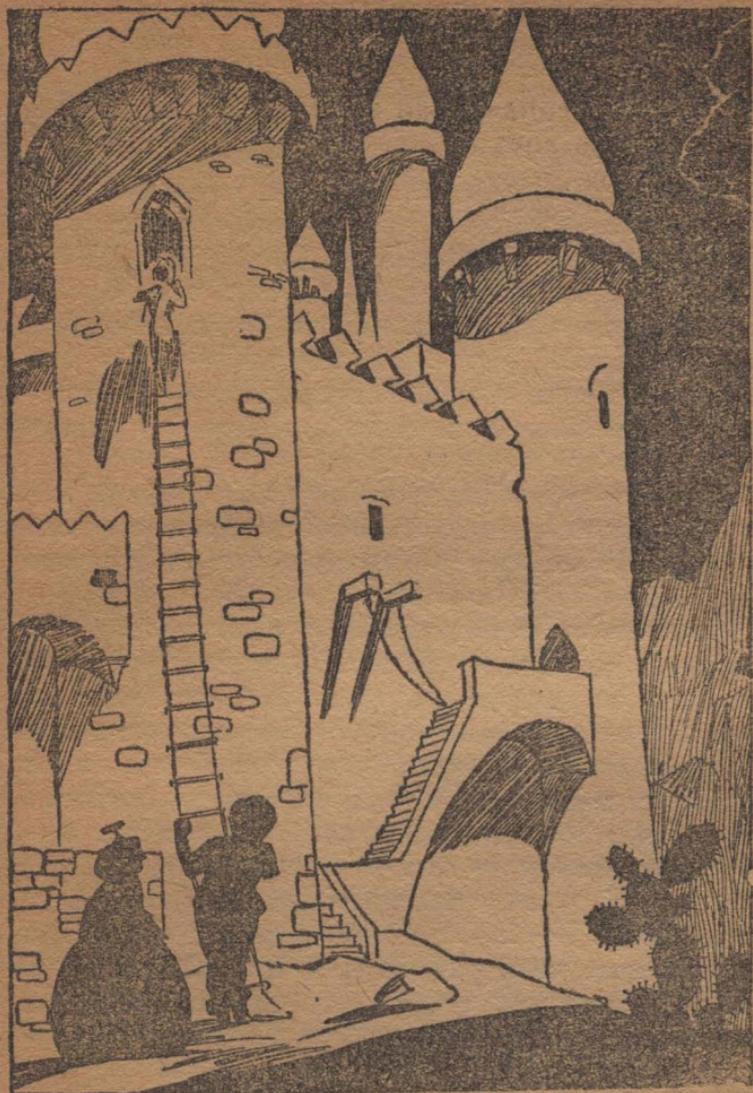
El enamorado de Zorahaida se desesperó cuando supo que su amada se había negado a abandonar la torre; pero no había tiempo que perder en lamentaciones que nada iban a remediar.

Las dos princesas fueron colocadas a caballo a la grupa con sus enamorados, y la discreta Cadiga se dispuso a cabalgar detrás del renegado. Partieron todos velozmente en dirección a Córdoba.

Apenas se habían alejado un trecho cuando oyeron el ruido de los tambores y trompetas de los guardias de la Alhambra.

—¡Han descubierto nuestra fuga! —dijo el renegado.

—No importa —replicaron los caballeros—.



*Hicieron lo mismo las dos princesas mayores.*

Nuestros caballos son veloces y la noche es oscura.

Espolearon los caballeros y escaparon a través de la llanura. Al llegar al pie de una sierra, Hussein Babá detuvo su caballo y se puso a escuchar.

—Por ahora todo va bien —dijo—. Nadie sigue nuestras huellas. Fácil nos será escapar a través de las montañas.

Pero apenas terminó de decir esto, una hoguera flameó en lo alto de la atalaya de la Alhambra.

—¡Maldición! —gritó el renegado—. Ese fuego dará el alerta a todas las guardias de los puertos. ¡Espoleemos como locos, pues no hay tiempo que perder!

Mientras galopaban por los caminos de la sierra, la hoguera de la Alhambra era contestada en todas direcciones; de manera que cada vez se hacía más difícil la fuga.

Doblaron un promontorio, y alcanzaron a ver el Puente de Pinos que atraviesa un torrente y quedaron horrorizados al notar la torre flameante de hogueras y reluciente de hombres armados.

Husein detuvo su caballo, se puso de pie en los estribos y miró a su alrededor. Luego, haciendo una señal a los caballeros, salió del camino, costó el torrente y se arrojó a sus aguas. Ya que atravesar el puente era imposible, intentarían cruzar a nado. Los nobles españoles previnieron a las princesas para que se agarraran fuertemente a ellos, e hicieron lo mismo que el renegado. La corriente los arrastró un trecho, pero al fin llegaron sanos y salvos a la opuesta orilla.

Al fin lograron llegar, sin haber sufrido más tropiezos que los propios de un viaje lleno de peripecias por lugares poco accesibles, a la ciudad



*Los caballeros estaban allí esperando.*

de Córdoba, cuna de los nobles y enamorados caballeros.

El regreso de éstos a su país fué celebrado con grandes fiestas, pues pertenecían a las más encumbradas familias españolas.

Las bellas princesas fueron recibidas inmediatamente en el seno de la Iglesia. Después de haber obtenido el bautismo, se casaron con sus amados como Dios manda, siendo felices esposas.

## VIII

### *La suerte de Cadiga*

Debido a nuestra prisa en narrar la escapatoria de las princesas a través del torrente y las abruptas montañas, nos olvidamos de explicar la suerte corrida por la discreta dueña.

Resulta que, como ya hemos dicho, iba agarrada como un gato al renegado, gritando a cada salto del caballo y haciendo jurar como un condenado al barbudo Husein Babá.

—No soy yo quien corre —decía el renegado—,

sino este potro que parece tener alas en las patas.

—Córtale las alas, entonces.

—Si le corto las alas al caballo, corremos el riesgo de que nos corten el pescuezo a nosotros.

—¡Que me voy a caer!

—Agárrate fuerte y no me martirices más, que ya me tienes aturdido con tantos chillidos.

En eso llegaron junto al torrente, y cuando el renegado se dispuso a zambullir su caballo en el agua, el terror de la vieja fué indescriptible.

—No me aprietes con tanta fuerza —gritó el barbudo—. Agárrate bien a mi cinturón y no temas nada.

La discreta Cadiga se asió fuertemente con ambas manos a la tira de cuero que rodeaba el talle de su robusto compañero; pero, cuando éste se detuvo con los demás fugitivos en la cumbre de la montaña para tomar aliento, la vieja no aparecía por ningún lado.

—¿Qué le ha pasado a Cadiga? —gritaron, alarmadas, las princesas.

—¡Sábelo Alá! —dijo el renegado—. Mi cinturón se soltó en medio del torrente y Cadiga fué arrastrada con él por las aguas.

—¡Qué desgracia! —gimieron las niñas.

—Es cierto —confirmó el barbudo—. Era un cinturón bordado y de gran precio.

Como no había tiempo que perder en vanas lamentaciones, los fugitivos siguieron la marcha, deplorando amargamente las princesas la desaparición de su consejera.

Sin embargo, la vieja no perdió en el agua nada más que la mitad de sus siete vidas, pues un pescador que estaba echando sus redes donde el



*Alcanzaron a ver el Puente de Pinos.*

torrente se convertía en manso río, la sacó a tierra quedando asombrado de su milagrosa pesca.

—¿Qué pez es ése? —preguntó a un muchacho que le ayudaba en su trabajo—. ¿Un bacalao?

—No es ningún pez, sino una vieja. Y no es bacalao, porque no está muy flaca que digamos.

Sacaron a la mujer de la red, la tendieron sobre la arena de la playa y practicaron con ella los ejercicios a que se suele someter a los ahogados. Después de largar el agua que había tragado, Cadiga empezó a abrir los ojos, pero dando muestras de un estado tal de postración, que alarmó al pescador.

Una vez que hubo reaccionado, la mujer se levantó y aceptó la invitación del pescador de ir a su choza a secarse las ropas junto a la lumbre. Y cuando estuvo bien reanimada y en condiciones de reanudar la marcha, agradeció a su salvador y se despidió de él, emprendiendo la marcha por el camino real en dirección a Córdoba, ciudad andaluza, donde había nacido.

Lo que fué luego de la discreta Cadiga, no lo dice la leyenda, aunque puede afirmarse que acre-

ditó su discreción no aventurándose a ponerse al alcance de la zurda mano del rev Mohamed.

## IX

### *La desaparición del Zurdo*

Con la fuga de sus dos hijas, Mohamed acredi-  
tó una vez más su apodo de "El Zurdo".

Unos dicen que el mote se lo pusieron porque era realmente más hábil con la mano izquierda que con la derecha, y otros afirman que se debe a que solía tomar las cosas por mal lado, o, dicho más claramente, a echar a perder todo aquello en que se metía. Y ni unos ni otros iban desacertados, pues Mohamed el Zurdo era zurdo de veras y, sea por desgracia o por torpeza, lo cierto es que llovían sobre él toda suerte de calamidades. Tres veces fué destronado, y en una de ellas, para salvar el pellejo, se trasladó al Africa, disfrazado de pescador.

Sin embargo, era valiente y, aunque zurdo, manejaba la cimitarra con tanta habilidad y coraje, que siempre que recuperó el trono, lo hizo peleando a brazo partido.

Al revés de lo que suele ocurrir con otros, la desgracia no lo volvió prudente. Cada día tenía la mano más suelta y la cabeza más dura. A testarudo, eran pocos los que le ganaban.

De ahí que le pasara lo que le pasó, cosa que provocó su desesperación.

*La princesa solitaria*

Se dice que la infeliz y solitaria niña se arrepintió de haberse quedado, y que de cuando en cuando se la veía apoyada en las almenas de la torre donde seguía permaneciendo cautiva, mirando con tristeza hacia las montañas en dirección a Córdoba, pues suponía a sus hermanas felices con los nobles caballeros españoles.

*Se casaron con sus  
amados como Dios  
manda.*



Una vez, su padre la visitó para consolarla y consolarse.

Ella era de mediana estatura, de soñadora mirada, graciosa figura y encantadora belleza que realzaba con su tocado. Se acercó sonriendo a su padre, besó su mano, y, a modo de saludo, le recitó los versos de un popular poeta, cosa que satisfizo mucho al monarca, pues demostraba con ello que estaba resignada con su suerte.

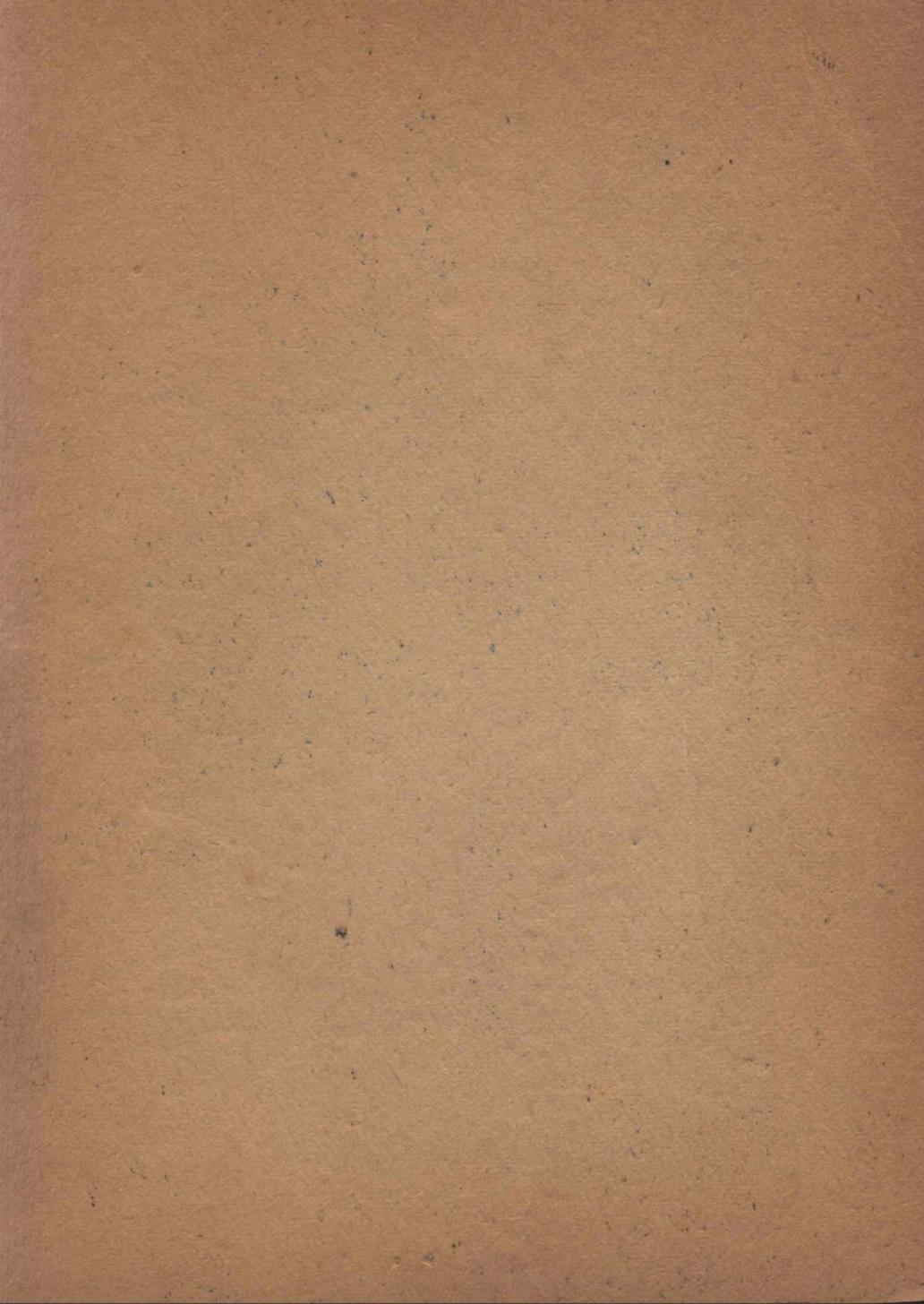
Agrega la leyenda que algunas veces se oían los acordes de su laúd acompañando sentidas melodías, compuestas por ella misma, en las que se lamentaba de la pérdida de sus hermanas y de su amado y condoliéndose de su solitaria vida.

Poco tiempo después murió y fué enterrada en una bóveda construída bajo la torre en la que pasó los años más dichosos y más tristes de su vida.

FIN



SC  
Lij  
C-LA  
16



CUENTOS INFANTILES  
**LA ABEJA**  
16

